

términos críticos de sociología de la cultura

carlos altamirano
director

gonzalo aguilar / pablo alabarces / carlos altamirano / leonor arfuch
javier auyero / claudio benzecry / alejandro blanco / josé joaquín brunner
maría elisa cevasco / gabriel cohn / emilio de ipola
fernando escalante gonzalbo / aníbal ford / néstor garcía canclini
andrea giunta / adrián gorelik / pablo kreimer / jorge lanzaro
claudio lomnitz / jesús martín-barbero / sergio miceli / federico monjeau
paula montero / jorge myers / federico neiburg / renato ortiz / elías palti
juan carlos portantiero / nelly richard / jorge rivera / fernando rocchi
beatriz sarlo / josé sazbón / graciela silvestri / oscar steimberg
emilio tenti fanfani / marcelo urresti / mirta varela / eliseo verón

paidós

Carlos Altamirano
(director)

Términos críticos de sociología de la cultura



Paidós

Buenos Aires • Barcelona • México

306 Términos críticos de sociología de la cultura / Beatriz Sarlo
TER [et al.]; compilado por Carlos Altamirano - 1ª. ed. -
Buenos Aires : Paidós, 2002.
288 p. ; 24x16 cm.- (Lexicon)

ISBN 950-12-7329-6

I. Sarlo, Beatriz II. Altamirano, Carlos, comp.
1. Sociología de la Cultura

Cubierta de Gustavo Macri

1ª edición, 2002

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

© 2002 de todas las ediciones
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar
Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí 92, Barcelona
Editorial Paidós Mexicana SA
Rubén Darío 118, México, D.F.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Impreso en Verlap S.A.
Comandante Spurr 653, Avellaneda, Buenos Aires, en agosto de 2002

Tirada: 4.000 ejemplares

ISBN 950-12-7329-6

ÍNDICE

Lista de colaboradores	ix
Prólogo	xi
Términos críticos de sociología de la cultura	1
Arte, sociología del, <i>Andrea Giunta</i>	1
Campo intelectual, <i>Carlos Altamirano</i>	9
Capital cultural, <i>Sergio Miceli</i>	10
Ciudad, <i>Adrián Gorelik</i>	12
Comunicación, <i>Aníbal Ford</i>	21
Conocimiento, sociología del, <i>Pablo Kreimer</i>	25
Convenciones, <i>Beatriz Sarlo</i>	32
Cultura, <i>Javier Auyero y Claudio Benzecri</i>	35
Cultura de masas, <i>Alejandro Blanco</i>	42
Cultura política, <i>Jorge Lanzaro</i>	44
Culturas juveniles, <i>Marcelo Urresti</i>	46
Culturas populares, <i>Jesús Martín-Barbero</i>	49
Desconstruccionismo, <i>Elías Palti</i>	61
Dialogismo, <i>Leonor Arfuch</i>	64
Discurso social, <i>Emilio de Ipola</i>	68
Estéticas sociológicas, <i>Graciela Silvestri</i>	73
Estilos de vida, <i>Fernando Rocchi</i>	77
Estructuralismo, <i>José Sazbón</i>	79
Estudios culturales, <i>Pablo Alabarces</i>	85
Etnocentrismo/relativismo, <i>Federico Neiburg</i>	89
Generaciones, <i>Marcelo Urresti</i>	93
Género, <i>Nelly Richard</i>	95
Géneros, <i>Oscar Steimberg</i>	101
Globalización/mundialización, <i>Renato Ortiz</i>	105
Gusto, <i>Sergio Miceli</i>	111
Hegemonía, <i>Juan Carlos Portantiero</i>	115
Hermenéutica y ciencias sociales, <i>Fernando Escalante Gonzalbo</i>	119
Hibridación, <i>Néstor García Canclini</i>	123
Historia cultural, <i>Jorge Myers</i>	126
Identidad, <i>Claudio Lomnitz</i>	129

Ideología, <i>Gabriel Cohn</i>	134
Imperialismo cultural, <i>Renato Ortiz</i>	140
Industrias culturales, <i>Jorge Rivera</i>	146
Intelectuales, <i>Carlos Altamirano</i>	148
Jerarquías culturales y jerarquías sociales, <i>Claudio Benzecry</i>	157
Literatura, sociología de la, <i>María Elisa Cevalco</i>	161
Medios de comunicación de masas, <i>Mirta Varela</i>	169
Modernidad, <i>José Joaquín Brunner</i>	173
Modernismo, <i>Gonzalo Aguilar</i>	180
Música, sociología de la, <i>Federico Monjeau</i>	186
Posmodernismo, <i>Elías Palti</i>	191
Recepción, <i>Mirta Varela</i>	195
Religión, sociología de la, <i>Paula Montero</i>	198
Representación, <i>Leonor Arfuch</i>	206
Secularización, <i>Paula Montero</i>	211
Signo, <i>Eliseo Verón</i>	213
Socialización, <i>Emilio Tenti Fanfani</i>	218
Sociedad de masas, <i>Alejandro Blanco</i>	225
Teoría crítica, <i>Gabriel Cohn</i>	227
Vanguardias, <i>Gonzalo Aguilar</i>	231
Bibliografía general	237

LISTA DE COLABORADORES

GONZALO AGUILAR,
Universidad de Buenos Aires.

PABLO ALABARCES,
Universidad de Buenos Aires.

CARLOS ALTAMIRANO,
Universidad Nacional de Quilmes.

LEONOR ARFUCH,
Universidad de Buenos Aires.

JAVIER AUYERO,
Stony Brooke University, Nueva York.

CLAUDIO BENZECRY,
CUNY, Graduate Center.

ALEJANDRO BLANCO,
Universidad Nacional de Quilmes.

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER,
Escuela de Gobierno de la Universidad
Adolfo Ibáñez.

MARÍA ELISA CEVASCO,
Universidad de San Pablo.

GABRIEL COHN,
Universidad de San Pablo.

EMILIO DE IPOLA,
Universidad de Buenos Aires.

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO,
El Colegio de México.

ANÍBAL FORD,
Universidad de Buenos Aires.

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI,
Universidad Autónoma Metropolitana
de México.

ANDREA GIUNTA,
Universidad de Buenos Aires.

ADRIÁN GORELIK,
Universidad Nacional de Quilmes.

PABLO KREIMER,
Universidad Nacional de Quilmes/FLACSO.

JORGE LANZARO,
Universidad de la República, Uruguay.

CLAUDIO LOMNITZ,
Universidad de Chicago.

JESÚS MARTÍN-BARBERO,
IPESO, Guadalajara.

SERGIO MICELI,
Universidad de San Pablo.

FEDERICO MONJEAU,
Universidad de Buenos Aires.

Lista de colaboradores

PAULA MONTERO,
Universidad de San Pablo.

JORGE MYERS,
Universidad Nacional de Quilmes.

FEDERICO NEIBURG,
Museu Nacional-Departamento de
Antropología, Río de Janeiro.

RENATO ORTIZ,
Universidad de Campinas.

ELÍAS PALTÍ,
Universidad Nacional de Quilmes.

JUAN CARLOS PORTANTIERO,
Universidad de Buenos Aires.

NELLY RICHARD,
Revista de Crítica Cultural.

JORGE RIVERA,
Universidad de Buenos Aires.

FERNANDO ROCCHI,
Universidad Torcuato Di Tella.

BEATRIZ SARLO,
Universidad de Buenos Aires.

JOSÉ SAZBÓN,
Universidad de Buenos Aires.

GRACIELA SILVESTRI,
Universidad Nacional de La Plata.

OSCAR STEIMBERG,
Universidad de Buenos Aires.

EMILIO TENTI FANFANI,
Universidad de Buenos Aires.

MARCELO URRESTI,
Universidad de Buenos Aires.

MIRTA VARELA,
Universidad de Buenos Aires.

ELISEO VERÓN,
Universidad de San Andrés.

gualdades en un mundo descentrado en el cual las naciones ya no detentan la capacidad de dominio y soberanía de que disfrutaban en la «era del imperialismo» y de los «proyectos nacionales».

Lecturas sugeridas

- BALANDIER, Georges (1951), «La situation coloniale: approche théorique», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, No. XI.
- BELTRÁN, Luis Ramiro y FOX DE CORDONA, Elizabeth (1980), *Comunicación dominada: Estados Unidos en los medios de América Latina*, México, Nueva Imagen.
- KOEBNER, Richard y DAN SCHMIDT, Helmut (1964), *Imperialism: the Story and Significance of a Political World: 1840-1960*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SARTRE, Jean Paul (1956), «Le colonialisme est un système», *Les Temps Modernes*, n° 123, marzo-abril.
- TOMLINSON, John (1994), *Cultural Imperialism*, Londres, Pinter Publishers.

Renato Ortiz

INDUSTRIAS CULTURALES

El campo de las tecnologías comunicacionales y mediáticas que concluyeron por configurar lo que hoy llamamos *industrias culturales* nació y se desarrolló por sucesivas agregaciones, sin la presencia correlativa de un esfuerzo teórico y crítico que reflexionase sobre sus cualidades y posibles deméritos. Con la excepción del fundacional «Manifiesto del Séptimo Arte», esbozado por Ricciotto Canudo hacia 1911 como exposición doctrinaria de la oposición cine/teatro, fueron relativamente tardías las aportaciones críticas sobre los utilajes de la tecnología mediática, si exceptuamos, en el contexto de mediados del siglo XIX, algunas fragmentarias opiniones de Marx sobre la prensa y la literatura folletinesca.

En líneas generales, el pensamiento marxista tendió a establecer complejas mediaciones entre el modo de producción y la vida social e intelectual, en un entramado que se fue enriqueciendo, y a veces distorsionando, al impulso de pensadores y corrientes influyentes como Antonio Gramsci, Plejanov, el peruano Mariá-

tegui, los formalistas rusos, el realismo socialista pregonado por Zdanov durante la era stalinista, etcétera.

Dentro de esta vertiente corresponde destacar, por su riqueza teórica, el pensamiento fuertemente crítico en relación con los medios de cientistas de la Escuela de Frankfurt, como Horkheimer, Adorno, Benjamin, Marcuse y otros, tributarios en su mayoría de una lectura particular del pensamiento marxista y de sus derivaciones y polémicas en el marco de la Europa de la década de 1920.

La mirada sobre las nacientes *industrias culturales* no se limitó a lo aportado por el campo marxista. La influencia de pensadores con otra orientación, como Mannheim y Max Weber, contribuyó a delinear un pensamiento de interrelaciones funcionalistas con gran arraigo en los ambientes universitarios y académicos norteamericanos. La corriente estadounidense se especializó en su momento en la realización de investigaciones cuantitativas sobre características, ubicación y hábitos de consumo de las audiencias, si bien no desdeñó la línea cualitativa de los efectos, como lo testimonian trabajos contemporáneos de Joseph T. Klapper, Herbert Blumer, Wilbur Schramm, David M. White, Bernard Berelson, etcétera.

Debe añadirse a este panorama la peculiar reflexión de un atípico pensador de lo mediático como el canadiense Marshall McLuhan, iniciada en la década de 1960 con sus célebres *tesis-slogan* expuestas en libros como *La Galla Gutenberg* y *Comprender los medios*, entre ellas la que afirmaba que «el medio es el mensaje», esto es, que «el *medium* determina los modos de percepción», transformada luego en el enunciado o variante-contraste «el medio es el masaje» (1967). McLuhan, por su parte, estableció una suerte de nueva calificación «calórica» de los medios, divididos en *cálidos* (el papel, la fotografía, la imprenta, el gramófono, el diario y el cine) y *fríos* (la xilografía, el teléfono, la televisión).

Por sus aportes renovadores corresponde ubicar en el campo reflexivo y crítico los trabajos de estudiosos de los fenómenos mediáticos como los franceses Edgar Morin, Joffre Dumazedier y Armand Mattelart, y los italianos Umberto Eco y Gillo Dorfles.

Si las *industrias culturales* –como la prensa, el cine, la radio y la televisión– eran por excelencia «industrias sin chimeneas» que superaban el clásico escenario fabril del siglo XIX europeo, el nuevo sesgo de las cosas fue acentuando el carácter ya anacrónico de la expresión, al tiempo que exaltaba la creciente preeminencia de materiales de valor ínfimo y existencia prácticamente inagotable, como el silicio, decisivamente presente en la elaboración de insumos electrónicos e informáticos básicos. Al mismo tiempo, el sostenido y novedoso crecimiento de los campos de la genética, la biología orientada al campo de la producción terapéutica y alimentaria, la clonación, las fibras ópticas de alta conductividad y velocidad, la programación de juegos electrónicos, las ofertas cibernéticas de música, arte y literatura y otros servicios que han concluido por dimensionar, a escala planetaria, un mercado virtual de proporciones y alcances prácticamente ilimitados.

El universo del cine digital, la música en MP3, los *bookmarks*, el envío de *e-fax*, la holografía, las agendas, los *wallpapers* y salvapantallas, la visualización y procesamiento de fotografías, o los programas, entre otros servicios accesibles y de costo cero o progresivamente decreciente (con excepción del costo ineludible de la llamada telefónica), suman en la actualidad una cuarentena de servicios ofrecidos en la Web.

Incluso el problema de la limitada capacidad del disco rígido para almacenar información tiene en la actualidad una solución providencial: la posibilidad de recurrir a los «cofres virtuales» de Internet, que brindan espacio para almacenar materiales con resguardo de la confidencialidad, una de las grandes incógnitas de etapas tecnológicas anteriores. Puede decirse que hoy esta batería tecnotrónica inundó tanto el campo de la vida científica, estratégica y financiera como el ámbito de la vida hogareña, creando y gestionando un cúmulo de posibilidades operativas hasta hace pocas décadas inédito o sólo planteado en términos de potencialidad tecnológica.

Hacia la década de 1980, autores como Toffler, Escarpit, Masuda, Simon o Brzezinski pronosticaron la inminencia de una era postindus-

trial, informática y neocivilizatoria que tramaba sus propuestas sobre la irrupción de un nuevo orden mundial, rediseñado por la volatilización del campo socialista y por las herramientas de las novísimas tecnologías electrónicas. Un avance (o una utopía) cuyas realizaciones están todavía en proceso y sólo pueden permitirnos evaluaciones conjeturales, a la luz de hechos que confirman o corrigen (y ajustan) los vaticinios mencionados.

Creatividad intelectual potenciada, plétora de conocimientos sistematizados y disponibles, junto con otros aportes, son todavía logros en esbozo, asediados por las fantasías distópicas del control policial, los aspectos negativos de la globalización, la tecnologización del poder y la política, la exacerbación del individualismo y del racismo, la existencia de marcados desequilibrios en el campo internacional y otros fantasmas de lo indeseable que parecen relativizar, contra lo previsto o pronosticado desde el ala más optimista de los gurús y expertos señalados, la imagen de una futura sociedad democrática, pluralista, humanizada y distributiva.

Un logro genético de proyecciones imprevisibles, como la clonación, pasa de ocupar un rango elevado en el plano de lo *deseable*, a convertirse en una amenaza potencial, en especial cuando se realiza el pasaje de la genómica del siglo XX a la proteómica del siglo XXI, esto es: el pasaje de un sistema teórico aparentemente concluso a otro todavía abierto y cargado de incertidumbres científicas, éticas y filosóficas. ¿Es lícito, por ejemplo, despertar expectativas terapéuticas sobrevaloradas, o conviene mantener una circunspección cautelosa sobre estos tópicos? O bien, ya en los límites de lo ético: ¿es aceptable la explotación privada de ciertos saberes genéticos por el solo hecho de haberlos patentado, o existe alguna limitación, algún grado de prudencia a tener en cuenta frente a la ignorancia actual sobre los posibles efectos futuros de tales manipulaciones? Estos y otros interrogantes similares son en la actualidad temas de agenda de debates públicos y privados, en este reformulado campo de unas industrias culturales que han rediseñado sus territorios y sus mismas problemáticas.

En los planos jurídico y constitucional cabe anotar, como novedad de estos nuevos tiempos,

la incorporación a los textos constitucionales –es el caso de la Constitución argentina reformada en 1994– de un conjunto de instrumentos internacionales con rango constitucional (cf. art. 75, inciso 22 del citado texto) que preserva derechos y garantías relacionadas con lo económico, lo social y lo cultural.

En este plano vale la pena señalar la existencia de un Banco Federal de Datos de Derechos Humanos, que compila y actualiza información fáctica y normativa sobre este campo. Se trata, indudablemente, y de ahí la pertenencia e interés de la cita, de una ampliación de los horizontes tecnológicos, que pasan de tributar servicio a las artes del espectáculo y lo mediático a un rango de mayor compenetración con demandas civiles meliorativas y largamente reclamadas.

Lecturas sugeridas

- DEBORD, GUY ([1967], 1995), *La sociedad del espectáculo*, Buenos Aires, La Marca.
- FERRER, Christian (1996), *Mal de ojo. El drama de la mirada*, Buenos Aires, Colihue.
- FEYERABEND, Paul K. (1984), *Contra el método*, Buenos Aires, Orbis/Hyspamérica.
- RIVERA, Jorge B. (1994), *Postales electrónicas. Ensayos sobre medios, cultura y sociedad*, Buenos Aires, Atuel.
- (1995), *El periodismo cultural*, Buenos Aires, Paidós.
- (1998), *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel.

Jorge Rivera

INTELECTUALES

Este término, usual tanto en el lenguaje corriente como en las ciencias sociales del último siglo, es relativamente nuevo. En efecto, como sustantivo destinado a designar un grupo social el vocablo *intelectual* tiene una trayectoria breve –no va más allá del siglo XIX– y el episodio crítico que precipitó su cristalización en el vocabulario ideológico remite al año 1898 y al debate que movilizó y dividió a la opinión pública francesa en torno del «caso Dreyfuss». El 14 de enero de ese año una declaración de escritores y universitarios, publicada en el periódico *L'Aurore* bajo el título de «Manifiesto de los intelectuales», reclamaba una revisión del

juicio por el cual se había condenado al oficial de origen judío Alfred Dreyfuss. Al asentar junto a sus nombres los títulos profesionales de que estaban investidos, los signatarios dejaron ver que consideraban las credenciales intelectuales una fuente de autoridad, la autoridad de los hombres de saber, que les confería tanto la responsabilidad moral como el derecho colectivo a intervenir directamente en el debate cívico (Charle, 1990; Sirinelli, 1990).

Después de 1898 la adopción del término se extendió, con mayor o menor velocidad, al conjunto de las lenguas occidentales. «Desde principios del siglo XX –se lee, por ejemplo, en la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana Espasa-Calpe* (1926)– se ha usado con frecuencia la denominación *intelectuales* para designar a los cultivadores de cualquier género literario o científico». La difusión de este apelativo acotó la propagación de otro, de origen ruso, que alcanzaría también un uso general: *intelligentsia*. Utilizado para referirse a una elite de escritores y doctrinarios surgidos en Rusia en la década de 1840 y caracterizados por su crítica radical –tanto moral como política– al orden establecido, el término *intelligentsia* pasó a los países de Europa occidental (sobre todo a Alemania) con los viajeros y exiliados rusos, ellos mismos representantes de esa minoría de ilustrados disidentes (Malia, 1971; Berlin, 1979). Actualmente se lo emplea con un significado más o menos próximo al de *intelectuales*, o bien para designar sólo a una fracción de éstos –la que levanta la idea de una misión de las elites culturales para con su sociedad: la de esclarecerla, guiarla y, generalmente, también reformarla–.

El concepto de intelectual, impreciso como el conjunto social que se busca definir con él, tiene, pues, un registro ineliminablemente político y condensa una historia que no es sólo la de una figura social, sino también una historia de las representaciones sobre el papel de los grupos cuya tarea especial es la producción y la administración de los bienes simbólicos. Figura característica de la MODERNIDAD, el intelectual se halla conectado al mismo tiempo, por intermedio de una tradición y de una genealogía, con quienes en las sociedades premodernas encarnaban el poder cultural o desafiaban la defi-

en los últimos años la sociología de la cultura ha visto reverdecer sus credenciales. Esta vuelta no tiene, sin embargo, el carácter de una restitución de la empresa que se asocia con los nombres de Max Scheler, Alfred Weber y, sobre todo, Karl Mannheim –es decir, la clásica sociología de la cultura–. Aunque este sector del análisis social nunca fue un campo teóricamente unitario, el conjunto de estudios que se desarrolló bajo ese nombre, casi como una especialidad alemana, entre las décadas de 1920 y 1930, tenían en común el que eran concebidos como contribuciones a una «sociología del espíritu». Pues bien, la cultura humanística, que seguía obrando normativamente en la clásica sociología de la cultura, ya no inspira las nuevas perspectivas sociológicas, donde se refleja, en cambio, la importación de enfoques, esquemas y conceptos de otras disciplinas del mundo social.

Los autores cuya influencia se invoca con más frecuencia al hablar de la reanimación de la sociología de la cultura –Pierre Bourdieu, Raymond Williams o Clifford Geertz– difícilmente podrían ser identificados como expositores de una misma concepción. Hay quienes dicen, por ello, que actualmente está en curso una «nueva» sociología de la cultura, que habría comenzado a forjarse ya en la década de 1970, aunque sólo recientemente comenzara a ser reconocida por el resto de la disciplina sociológica.

Todos estos elementos fueron tenidos en cuenta al seleccionar los términos de esta obra, destinada a proporcionar un mapa actual de la sociología de la cultura. Aun cuando se renunciara a toda pretensión de exhaustividad, el caudal léxico no podía ignorar ni los dominios y conceptos que provenían del período clásico de la disciplina –como la sociología del conocimiento o de la religión, o el concepto de ideología– ni los temas, nociones y enfoques que han surgido del fermento más reciente.

Ahora bien, un repertorio de este tipo sólo podía ser fruto de la reunión de varias competencias, de la colaboración intelectual entre sociólogos y críticos literarios, historiadores y semiólogos, especialistas en educación y en medios masivos de comunicación. Más todavía: si se echaba de menos un instrumento así en América latina, ¿por qué no producirlo con el concurso de los estudiosos del subcontinente? En efecto, una obra de estas características no podía ignorar la reflexión ni la investigación latinoamericanas. Los más creativos de los intelectuales latinoamericanos han actuado en este dominio como aconsejaba Jorge Luis Borges a los escritores sudamericanos: tomar como propia toda la tradición occidental y manejar sus temas sin fetichismo y ninguna superstición de escuela.

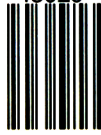
La respuesta de quienes fueron invitados a colaborar e hicieron posible este libro no ha podido ser más alentadora.

ISBN 950-12-7329-6



9 789501 273298

43029



paidós